

desacralizador del amor. Revela la medida de su posibilidad con franqueza, que se desarrolla con encabalgamiento fónico en otro momento de enunciación: "Te amo/ y corto/ Te amo disparando/ Te amo amándote/ Diciendo/ Diciendo árame, lámeme, bésame siempre/ Quiéreme" (p. 33). Búsqueda de ser poseído conjuntado con su amada, a quien en otro instante reclama su falta de entrega, cuidando su belleza para los gusanos. También reconoce su amor propio, en un Narciso que se mira ante los reales y pobres espejos que conforman el mundo, la mujer y sus voces poéticas, en un trayecto de matices, de sombras y caídas, de sueños y ausencias que penetran los sentidos y al ser.

Dilcia Fernández

Angel Gustavo Infante.

Yo Soy la Rumba o Cerrícolas parte II.

Venezuela. Ed. Grijalbo Mondadori. 1992. 141 p. (Col. La Tuna de Oro).

¿Cuáles son los ingredientes de la novela caribeña?, ¿Qué distingue a esta expresión de otras, que a pesar de desarrollarse en el área del Caribe y sus alrededores no goza del adjetivo revelador? Yo, (debo confesarlo) me siento tentada a decir que el primero y más característico de sus rasgos es la presencia de la guachafita; condimentada, claro está, con boleros, tragos, salsa, guaguancó, una pizca de presentismo, evasión del proyecto (al gusto) y rocola, mucha rocola.

Aunque esto no basta, hace falta sabiduría culinaria, esa que le sobra a Guillermo Cabrera Infante cuando a punta de calle emprendió su **Delito por Bailar el Cha Cha Cha** y dibujó el inicio de la *"nouvelle cuisine (narrativa) caribeña"*. Luis Rafael Sánchez se apropió la receta obsequiándonos **La importancia de llamarse Daniel Santos y La Guaracha del Macho Camacho**. En Colombia gustó el saoco, interpretado magistralmente por Umberto Valverde y su **Bomba Camará** en contrapunteo con Andrés Caicedo al grito de **Que viva la música**. En los últimos años, las costas venezolanas han sufrido la resaca caribeña; no podía ser de otro modo en un país como el nuestro que ha hecho grandes aportes en el terreno de la música y la cultura del Caribe.

Sin embargo, la literatura de tema propiamente caribeño se había quedado rezagada y sus inicios podrían fijarse a partir de **El Inquieto Anacobero** de Salvador Garmendia. Las voces de otros escritores no se hacen esperar; aparecen Luis Barrera Linares, José Napoleón Oropeza, Laura Antillano, Eduardo Liendo y Angel Gustavo Infante. Este último se ha distinguido desde sus inicios en el relato breve, algunos de sus cuentos han sido agrupados en el volumen **Cerrícolas** (Premio Fundarte de narrativa, 1986.), pero en esta oportunidad me interesa su primera y más reciente novela: **Yo soy la Rumba** (Caracas: Grijalbo S.A., 1992).

Yo soy la Rumba, es una novela que se nutre del más puro acento caribeño; basta con revisar al azar una de sus páginas para comprobar la existencia de algunos hitos estrechamente ligados a este contexto. En primer lugar se destaca la presencia de la música que constituye un elemento alrededor del cual se ordena su trama narrativa; no sólo porque Sebastián, (el personaje principal) inicia la novela dibujando sus pininos en el campo de la percusión caribeña, sino más bien porque esta obra registra el acontecer musical de Caracas en la década de 1960-70. Este ambiente musical, sirve de pretexto para mostrar un proceso que desde siempre ha sacudido a los países latinoamericanos y del área del Caribe: por un lado, la música anglosajona y el movimiento Hippie, difundido a través de los locutores de Radio Capital; por el otro, las grandes orquestas caribeñas: Billo's, Sans Souci, la Sonora Matancera en Radio Rumbos. Parece que musical e ideológicamente esto somos: una mezcla en la que es difícil distinguir lo propio de lo foráneo.

Pero lo caribeño de esta novela no termina aquí, ya que continúa en la reseña de una suerte de contracultura cuyo núcleo lo constituye lo popular, el barrio y sus personajes. Esto es cierto para esta narrativa, al menos desde Cabrera Infante; se trata de una postura deliberada contra la cultura oficial y en favor del espacio y el quehacer de las barriadas (en este caso) caraqueñas; de allí se desprende, ese otro elemento que aparece en muchas obras de este tipo y no es más que la idea del presentismo.

Estos personajes viven de espaldas al proyecto, alejados de toda intención por trascender; incluso Alfi, el hermano Hippie, con todo y su sueño de crear una comuna que le permita dar rienda suelta al amor libre y acabar con la propiedad, para así construir una sociedad no opresora, sin

ataduras, etc., muy pronto se da cuenta de lo difícil que es llevar a cabo su ideal y lo abandona. El como sus amigos *"Solo estaban 'aquí y ahora', es decir, allá y a deshora. Sin futuro librándose del tiempo, retroalimentados de presente. Relativamente libres, mansos e inconformes"*. (p. 58).

Uno de los principales aportes de esta novela es el tratamiento del lenguaje. Infante tiene un dominio extraordinario del argot callejero, de allí su destreza al describir situaciones específicas con usos verbales de otro contexto, como ocurre en la descripción del clímax que la Gorda Elisa sostiene con un marinero: *"Más allá de los acantilados, la marea subía hasta el copete de la cama y ambos atracaban felices"*. (p. 15) Otras veces el lenguaje se hace hiperbólico, siempre con la Gorda Elisa como protagonista y cuya vagina es objeto de la siguiente descripción: *"... la vulva rosada que extendiéndose hasta las rodillas, se abría como una enciclopedia. En ciertos momentos parecía arrastrar a una criatura, un fibroma envuelto en placenta e incluso una réplica de la mujerzota: un doble naciéndole bajo el pubis tan grande como una coliflor australiana"*. (p. 18)

Aunque muchas veces las hipérboles se dirigen hacia lo grotesco, no siempre producen el estremecimiento de la cita anterior; en estos casos el humor hace acto de presencia como cuando la Gorda Elisa se masturba con los adminículos más inverosímiles: *"Por su parte la mujer se preparaba para meterse lo que en un principio consideré lo máximo. Lejos de conocer mi estrechez imaginativa, Elisa colocó ante sí —y ante mi ojo mágico al otro extremo— un inmenso rolo de mortadela aún envuelto en plástico y con sendos remaches de metal en las puntas. Con mucha paciencia, saliva y una flexibilidad corporal envidiable, fue metiendo el embutido en su cuerpo. A los pocos minutos vi desaparecer el segundo remache dentro de esa planta carnívora, origen de la raza humana"* (p. 19)

La vida vista desde un ojo mágico, una suerte de movimiento de cámara, un recuadro constreñido, es la narración desde la perspectiva de Sebastián. Desde ese marco finito el narrador describe las degluciones vaginales de la ninfómana Elisa, en términos muy cercanos a los que usa Guillermo Cabrera Infante al final de **La Habana para un Infante Difunto**, cuando el narrador es devorado por una inmensa vagina; de nuevo los aires marinos se adueñan del lenguaje: *"Los otros saltando, tomando distancia, pelando las ballonetas. La gorda Elisa los hizo mode-*

lar (...) les bajó los pantalones hasta las rodillas y untó los tres miembros de mostaza. Comenzó a lamerlos tres en boca simultáneamente como un adelanto de sus servicios (...) luego, encantados por preciosas melodías — que no eran más que los estertores guturales de la Gorda Elisa inundada de semen— y con fuerza inusitada, a la voz de inmersión, uno a uno fueron traspasando la escotilla vaginal y, sin mayores esfuerzos desaparecieron” (p. 20).

No quisiera terminar estas notas, sin hacer algunas acotaciones sobre la estructura formal de esta obra. En primer lugar no creo que se trate de una novela, al menos si entendemos por esto un relato con cierta continuidad, coherencia, trama, etc. No hay duda de que la “Primera Edad” se estructura como tal, pero esta situación se relativiza a partir de la “Segunda Edad” en la que se respiran los aires de **Cerrícolas**, no sólo porque un capítulo de esta segunda parte es también un cuento de la segunda edición de **Cerrícolas**, sino porque el autor, continúa con la intención de mostrar situaciones y esto, parece interesarle más que la construcción de relatos cerrados.

Creo que algo le falta a esta novela, al menos desde mi perspectiva de lectora-espectadora; me parece que Infante desaprovecha algunas situaciones que serían muy útiles para desarrollar una trama un poco más compleja, (claro que el autor estaría en su derecho de decirme que esa es su novela y yo no tengo nada que agregar en ella, a lo que yo agregaría que, como lectora, tengo el derecho de establecer las premisas de mi novela ideal y así hasta el infinito). Una cosa es dar la espalda a la narración de una gran historia y otra es escribir “skechts” con personajes marginales como telón de fondo.

Yo Soy la Rumba tiene mucho de **Cerrícolas**, quizás esto no importe y ayude a corroborar lo que alguien sostuvo, en el sentido de que los escritores escriben sólo una obra difundida en varios volúmenes. Con todo, sigue siendo interesante el tratamiento del lenguaje, su reflexión sobre lo caribeño, así como la presencia en sus relatos de personajes que por marginales han sido siempre marginados.

Carmen Díaz Orozco